

Los políticos deberían tratar de los problemas que preocupan a los ciudadanos, como el paro, la sanidad, etcétera. Es seguramente el comentario más socorrido y simplón con el que solemos referirnos a la política. Un recurso demagógico para romper el silencio, especialmente cuando toca hablar de una campaña. Durante años el discurso de los dirigentes políticos había tratado de asegurarse la fidelidad de los más entusiastas exacerbando las diferencias con el adversario, de manera que se redujesen las posibilidades de trasvase electoral. La escena pública era ocupada por la «política politiquera». Consistía fundamentalmente en retratar a ese adversario según los atributos que, por contraste, mejor resaltasen la propia identidad. Pero esta vez que los partidos parecían dispuestos a hablar del paro y de la sa-



nidad más que de otros asuntos no pueden hacerlo porque ni cuentan ni contarán con el poder suficiente, no ya para garantizar el cumplimiento de sus promesas, ni siquiera para saber qué podrían decir.

Imaginemos que Rajoy no llega a tomar posesión de la presidencia de gobierno. Que el PP gana de sobra las elecciones del 20-N, pero que las perspectivas económicas se ensombrecen tanto que acaban disuadiendo a Rajoy de hacerse cargo del timón gubernamental. Podría ocurrir y hasta sería comprensible.

Porque no es cierto que el candidato popular sabe lo que le espera, como ha señalado refiriéndose a las cuentas que herede de Zapatero y de Salgado. En realidad no tiene ni idea de a lo que tendrá que enfrentarse el 15 de diciembre, el 8 de enero o el 24 de febrero próximos. Ni siquiera su cautelosa y ambigua aproximación a tan crítico momento le inmuniza ante las sorpresas con las que puede toparse. Ahí tiene el ejemplo de su rival directo, Rubalcaba, que hace cuatro días propuso una moratoria eu-

ropea de dos años para el plan de estabilidad presupuestaria; una idea que hoy sería mejor que nadie mentase, no sea que Europa entera se vea intervenida el lunes.

Cada día se resquebrajan un poco más las murallas tras las que se alza el castillo del Príncipe. Es una erosión continua e irreversible. La flema congénita de la que los mandatarios se valen para sortear las tormentas no les sirve frente a los sucesivos embates de los mercados. Pero si bien esa repentina fragilidad de la política estaba siendo motivo de regocijo crítico tras tantos años de altanería institucional, tal como van las cosas puede suscitar un serio vértigo en la propia ciudadanía. Una nueva recesión, un déficit incontenible y el consiguiente quebranto presupuestario podrían ser llevaderos si no ahondaran en el mismo hoyo. El problema es que la próxima vez

vamos a estar más desguarnecidos.

Hasta hace poco los responsables políticos explicaban las medidas de austeridad como un mal transitorio porque albergaban la esperanza de volver a lo de antes. Ahora evitan pensar que los mercados han venido con la intención de quedarse para siempre al acecho de la deuda soberana. Por eso los candidatos regresan una y otra vez a sus cuitas, y quizá la ciudadanía también prefiera que dejen de hablar del paro cuando no pueden ofrecer soluciones, que renuncien a hablar de sanidad no sea que dejen al aire su descarnado futuro. Que en la última semana de campaña los candidatos se cobijen en la 'política politiquera', que hasta los meses siguientes a marzo de 2004 provocaron menos vértigo. Para eso están la ley anti-tabaco, las nucleares, o un oportuno cruce de reproches a cuenta del final de ETA.